

MAÑANITAS DE BENJAMIN Argumedo

Para ponerme a cantar
pido permiso primero;
señores, son las mañanas
de Benjamín Argumedo.

Ultimo día de febrero,
novecientos diez y seis,
han sacado a Benjamín
entre las nueve y las diez.

Pues era un martes por cierto,
presente tengo ese día,
cuando lo sacó la escolta
de la Penitenciaría.

Lo llevaron por la calle,
bastante gente acudió,
se llenó la plaza de armas
a ver lo que sucedió.

Dos lo llevaban del brazo,
lo llevaban pie a tierra,
lo llevaban al palacio;
era al consejo de guerra.

Lo subieron al palacio
donde fue su tribunal,
fue donde oyó su sentencia
que era pena capital.

Su familia, que allí estaba,
estaba tan desolada
que al oír esa sentencia
hubo de caer desmayada.

Lo bajaron del palacio
por la calle en gran alarde,
lo llevaban a su destino,
serían las seis de la tarde.

Por la calle donde iba
aquel veinte de noviembre,
como iría su corazón;
seguro nadie lo entiende.

Cuando llegó a su destino
dijo: vengo en agonía,
pues hoy tengo que ser muérto;
Dios así lo dispondría.

Válgame Dios ¿qué haré yo?
dijo al General Murguía
y le pidió una merced
a ver si se la concedía.

Pues don Francisco Murguía
le contestó con esmero:
qué merced es la que quiere
mi general Argumedo?

Oiga usted, mi general,
yo también fui hombre valiente,
quiero me haga ejecución
a la vista de la gente.

Oiga usted, mi general,
yo no le hago ese favor
pues todo lo que yo hago
es por orden superior.

En algunas ocasiones
tambien a Ud. le ha pasado,
pues jefe de operaciones,
ya sabe que soy nombrado.

Ya que Dios me ha concedido
el no morir en la guerra
quiero que a mi alma en camino
animen Cristo en la tierra.

Adios, todos mis amigos,
me despido con dolor,
ya no vivan tan engreidos
de este mundo engañosor.

Adios, mi tierra afamada,
recintos donde viví,
adios, mi querida esposa,
yo me despido de tí.

Adios, mis padres queridós,
de toda mi estimación,
no me volveréis a ver,
volé a la otra mansión.

Adios, familia querida
que era toda mi alegría;
adios, mi querida esposa;
adios; Penitenciaría.

Adios; también el reloj;
sus horas me atormentaban
pues clarito me decían
las horas que me faltaban.

Amigo; no te señales
por riqueza ni estatura:
pues todos somos iguales
materia de sepultura.

Vuela, vuela, palomita,
párate en aquel romero
estas son las mañanitas
de Benjamín Argumedo.

JORGE PEÑA